

LA ISLA, LA VIRGEN, LA GENTE, LA FIESTA

THE ISLAND, THE VIRGIN, THE PEOPLE, THE FEAST

LUIS ORTEGA ABRAHAM*

RESUMEN

Introducción general a La Palma y la fiesta de la Bajada de la Virgen de las Nieves. Se subraya su originalidad y las aportaciones de algunos de sus creadores más destacados.

Palabras clave: Virgen de las Nieves; Bajada de la Virgen; fiesta barroca; Santa Cruz de La Palma; Canarias.

ABSTRACT

General introduction to La Palma and the festivities of the Descent of the Virgin of the Snows. It is underlined its origins and contributions of some of its most outstanding creators.

Key words: Virgin of the Snows; Descent of the Virgin; baroque feast; Santa Cruz de La Palma; Canary Islands.

1. INTRODUCCIÓN

Por encima de todo somos memoria; nada más y nada menos; memoria que, donde la mentes y la toques, gusta, duele o satisface; se acerca y se distancia con visiones precisas o formas inconstantes y nos acompaña en la plenitud de un instante o en el hueco de la melancolía.

Con esta convicción abrimos en el dulce verano de 2005 la gala de arte *Elogio de la Nieve* que, como colofón de las Fiestas Lustrales, discurrió por sus coordenadas de voluntad, espacio y tiempo y, con el protagonismo cómplice de la gente, analizó los cultos y regocijos de los años pintados en rojo y que acaban en cero y en cinco desde 1680.

En la isla canaria de La Palma y en plazos fijos, se convocan congresos de amplio alcance que muestran, estudian y comparan unos actos singulares que

* Escritor y periodista. Correo electrónico: lortegaabraham@gmail.com.

nacieron, y viven, con las claves de la fe y la gratitud; que revelan valores permanentes y sorpresas, evidencias y misterios de un simpar y añejo programa que bebe en las pautas y modos del llamado Siglo de Oro, que compensó la ruina y el eclipse del imperio donde no se ponía el sol con la consagración del patriotismo, la dignidad y el talento creativo.

2. ESTADO DE LA TIERRA

La conquista de Canarias se extendió de 1402 a 1496. Fue la primera posesión ultramarina de Castilla y tuvo carácter señorial en la primera fase, con un pacto de vasallaje de los normandos Jean de Bethencourt y Gadifer de la Salle que, en tres años, sometieron Lanzarote, Fuerteventura y El Hierro. En 1450, con el dominio de la familia Peraza-Herrera y después de varias compras, cesiones y dotes matrimoniales, se agregaron La Gomera y los derechos de conquista de los territorios insumisos.

Ante los reiterados y fallidos intentos de anexión y los denunciados abusos de gobierno en el señorío, la Corona asumió la reducción de las islas con mayores recursos y población. Gran Canaria costó cinco años (1478-1483) y, desde allí, se organizaron las siguientes fases: La Palma, 1492-1493 y Tenerife, 1494-1496.

Tomada por la Corona de Castilla entre el 29 de septiembre de 1492, fiesta del arcángel Miguel (y doce días antes del descubrimiento de América) y el 3 de mayo de 1493, Exaltación de la Santa Cruz, la Benahoare prehispánica entró en la historia europea con los privilegios y garantías de su condición realenga y con singularidades geográficas y estratégicas que facilitaron su desarrollo y extendieron su fama por el creciente imperio.

Enfilada al norte y la más alejada del litoral africano, la isla más elevada del mundo en relación a su superficie —6500 metros desde la fosa abisal a la cima del Roque de los Muchachos, donde radica el mayor y mejor observatorio astrofísico del hemisferio norte— pasó en unas décadas del neolítico pastoril al pujante renacimiento por hechos diferenciales recogidos con prontitud por la literatura viajera.

El imponente relieve simula distancias continentales y alterna cordilleras de lomo redondo y afiladas sierras, montañas mágicas y ariscas crestas; los barrancos profundos de brillante basalto o espesos manteles vegetales; los desiertos volcánicos y el luto de la tierra nueva; las selvas húmedas, señas de las edades del planeta; las cuestas que apuntan al océano, malpaíses y suelos rojos que prometen cosechas y plenitudes; los llanos feraces que le regalan

leguas de sosiego a la pendiente; el litoral manso con playas de arena negra y acantilados de vértigo por donde la brújula marca el septentrión; la densidad y variedad botánica nunca vista por los soldados de fortuna y los destriparrones del secano que, por hambre, participaron en la empresa militar; y el clima suave, libre de todos los rigores y garante de una vida diferente y mejor, despertaron la codicia de los notables, capitalistas y hombres de armas, y la oportunidad de asentamiento para los desheredados de la fortuna que se colgaron a las aventuras de la nueva España.

Las naves invasoras anclaron en una mansa rada, al pie del farallón de El Time, atalaya del océano y del soleado valle de Aridane que, desde hace medio milenio, produce primores para la exportación; y en la desembocadura del caudaloso barranco de Las Angustias, salida de la Caldera de Taburiente, parque nacional desde el 6 de octubre de 1954.

Formada hace dos millones de años por un largo y rudo ciclo eruptivo y, culminada por la erosión fluvial, está entre las mayores depresiones mundiales y sumó al léxico geológico el nombre de *caldera*, como los palmeros nombran al emblemático paraje, que el sabio Leopold von Buch acuñó definitivamente por su rotunda expresividad. Con diez mil metros de diámetro y sesenta kilómetros cuadrados de superficie, destaca por su circo montuoso, con una docena de picos por encima de los dos mil metros, sus manantiales superficiales y subterráneos y las masas de pinares, flora rupícola y endemismos insulares y de la región macaronésica.

Integrada por los municipios de Tazacorte, Los Llanos de Aridane y El Paso, la comarca occidental linda por el sur con Fuencaliente, vértice isleño y eje de un área que, con el término pasense, Villa de Mazo y las dos Breñas, registró las ocho erupciones históricas desde Tacande, entre 1470 y 1492 (citada por Cristóbal Colón en su *Diario del descubrimiento*) hasta Cabeza de Vaca, 2021.

En busca de ubicación para el puerto y la sede del gobierno, los castellanos cruzaron Cumbre Nueva, volcán extinto y macizo cuya cara occidental es un ciclópeo murallón poblado de coníferas; y, con menor caída, la oriental, una tortuosa sucesión de lomos y barrancos tapizados por el «monteverde» y donde los castaños foráneos regalan puntualmente las estampas del otoño. Curiosamente es la más antigua de las formaciones insulares y, en forma de lanza, confluye hacia el sur con la mal llamada Cumbre Vieja, matriz y eje de la *Ruta de los volcanes*.

Desde La Asomada de La Palma, un hidrovulcán ante el océano sobre el que luego se erigió la ermita de La Concepción, los castellanos localizaron

una amplia y abrigada bahía y un llano litoral que, en ascensos de distinto nivel y dificultad, buscaba el espinazo central. Allí se construyó el puerto que, con Sevilla y Amberes, fue el más notable y activo del imperio y se levantó la ciudad, fundada solemnemente el 3 de mayo de 1493.

En el flanco este crecieron los pueblos de Puntallana y San Andrés que, como en todo el país, casaron con los cantones indígenas. De relieve arisco y densa vegetación, la cornisa del norte se compartió entre Barlovento y Garafía, el término más alejado de la capital. Hacia el poniente se escalonaron, al fin, Puntagorda y Tijarafe, con altos boscosos y feraces medianías.

Arrancó la nueva era con los repartos que, en nombre de los Reyes Católicos, llevó a su entera conveniencia Alonso Fernández de Lugo, veterano en las tomas de Granada y Gran Canaria, que reservó para sí y sus allegados, los mejores lotes en Taburiente y San Andrés, y distribuyó entre la iglesia regular y secular, los militares, oficiales y colonos modestos las suertes interiores y los baldíos.

Benahoare y su pueblo misterioso y nostálgico, su economía pastoril y su cultura solar, su monoteísmo y avanzadas industrias materiales, quedaron detrás de una comunidad europea con todas sus claves y ambiciones.

3. ENTRE DOS MUNDOS

Estrenado el siglo XV, los primeros banqueros de Alemania extendieron sus redes a la península ibérica y a los archipiélagos atlánticos, apoyados por Felipe *el Hermoso*, esposo de Juana de Castilla, hija y heredera de los Reyes Católicos. Con los Fugger metidos de lleno en la industria textil, los Welser apostaron por el negocio azucarero y su agente Lucas Rem compró la producción del ingenio de Funchal, en la isla de Madeira; y, en el poblado palmero de Tazacorte adquirió tierras para el cultivo y elaboración de azúcar —que cotizaba en la bolsa de Amberes, la primera de materias primas del mundo— y alcoholes. En 1509 regresó a Europa y dejó como encargado general a Jacob Holzbock.

Con el acceso de Carlos I al trono hispano y, luego, al Sacro Imperio Romano Germánico, creció el poder de los banqueros y, a la vez, se multiplicaron las deudas reales «para defender el credo católico y comprar el voto de los electores» de la agrupación política de Europa occidental, herencia de su abuelo paterno Maximiliano I, archiduque de Austria y rey de los romanos.

A cambio del derecho a colonizar tierras en La Española y Venezuela y explotar yacimientos mineros en México, Bartolomé Welser, el jefe de la casa, vendió las propiedades palmeras a un mercader de Colonia —Jacome Groenemberg, que tradujo su apellido como Monteverde— y fue el primer propietario individual de las haciendas y molinos aridanenses, movidos por los caudales regulares de Taburiente. Injustamente perseguido y enjuiciado, en 1531 murió en la cárcel de la Inquisición de Sevilla, a los sesenta años y tras realizar notables negocios y servicios a la corona, además de obras de beneficencia y rumboso mecenazgo con la construcción de templos, la dotación de capillas conventuales y la importación de pinturas y esculturas de los reputados talleres de Flandes.

La agricultura de exportación se localizó en dos espacios privilegiados: en el citado valle de Aridane y, de modo preferente, en los pagos de Argual y Tazacorte, a donde llegó el agua de Taburiente por canales de madera; y, en la banda este, en Los Sauces y la meseta de San Andrés, favorecidas por los nacientes de Marcos y Cordero. El cultivo y fabricación azucarera contó con oficiales expertos, en gran parte lusitanos y andaluces, y la mano de obra de esclavos africanos. Todavía hoy, como homenaje al pasado, existen contados cañaverales y modestas factorías que producen la delicada miel y el perfumado ron.

En los altos y medianías se localizaron las familias modestas que encontraron casa, huerta y oportunidad de venta de las frutas y hortalizas, de la leche y carne, los huevos y las hierbas aromáticas y medicinales en los mercados de los pueblos mayores, en las aldeas crecidas alrededor de los predios comunales, junto a las ermitas y oratorios y en las encrucijadas de los caminos reales que, en unas décadas, llegaron a todos los destinos.

La bonanza económica determinó el rumbo del gobierno de la isla y la capital, la simultaneidad de los movimientos culturales y artísticos que, desde el Viejo Mundo, y a través del puente de los territorios realengos, se transmitieron a las tierras al otro lado del océano Atlántico. En plena sintonía con los gustos y las modas, la fugazmente llamada Villa de Apurón fue una población próspera y animada, con el mar como razón y motor de vida; con unos astilleros boyantes que atendieron sus necesidades y los encargos de fuera y dieron trabajo a carpinteros de ribera que, desde distintas regiones, llegaron atraídos por las altas soldadas y las nuevas oportunidades.

Contó un fastuoso núcleo urbano, con desarrollo lineal por la marina, y barrios en ascenso por el norte y por el sur, a modo de anfiteatro para disfrutar de las bondades del océano. Allí convivieron familias beneficiadas por las datas reales, hidalgüelos encajados en tierra y orden nuevos, europeos del norte y del sur que tuvieron fácil acomodo por su disponibilidad y don de gentes, mercaderes opulentos y factores foráneos, funcionarios reales, escribanos y

licenciados en leyes y demás disciplinas, médicos, físicos y barberos con habilidades y osadías, maestros de gremios y artesanos de todas las ramas, toderos y charlatanes, músicos y titiriteros para animar las horas, todos dispuestos a satisfacer las necesidades de una comunidad heterogénea y abierta, tan aplicada en los deberes como ingeniosa y animada en sus ocios que reproducían, con acento propio, las fiestas y regocijos de los lugares de procedencia de su variopinto vecindario.

El mar del progreso fue también la causa de los mayores pesares. En julio de 1553, la capital fue saqueada y, finalmente, incendiada por los piratas de François Le Clerc, *Pie de Palo*. En aguas de Fuencaliente, el 15 de julio de 1570, Jacques de Sores abordó el bajel *El Santiago* y martirizó al beato Ignacio de Acevedo y a treinta y nueve jesuitas españoles y portugueses que viajaban como misioneros a Brasil.

Comisionado por Felipe II el ingeniero Leonardo Torriani trazó en 1587 un plan defensivo que incluyó dos nuevos castillos que se unieron al de San Miguel, un muro de protección y baterías costeras. Se protegieron también sitios sensibles como Tzacorte, Puerto Naos y Los Guinchos. Desde entonces la isla fue invulnerable a las rapiñas corsarias y, otra vez, alegre y confiada.

Famosa y celebrada por ilustres visitantes, incluida en los memoriales viajeros más populares, Santa Cruz de La Palma ganó los títulos de «Muy Noble y Leal» mediado el siglo XVI y, por decreto de Felipe II que, como su padre, atendió las demandas del cabildo palmero, en 1564 «y por ser la más comercial y por muy poderosas razones» le concedió el primer Juzgado de Indias de Canarias, primer y único órgano descentralizado de la poderosa Casa de Contratación de Sevilla, que controlaba el comercio entre Europa y América. Su titular, Francisco de Vera, se aplicó con entusiasmo a su labor y, con la colaboración del cabildo y los comerciantes, contribuyó a la ampliación de los astilleros, consolidó los fletes con Amberes y Hamburgo, las conexiones regulares con las plazas mediterráneas y confirmó a La Palma como salida y primer destino de las travesías indianas.

4. EL SIGLO DE LAS SOMBRAS

Ocurrió en el bien nombrado Siglo de las Sombras, cuando el heredero alcanzó la mayoría de edad y como Carlos II (1661-1700), cortó los turbios manejos de la reina Mariana, su madre y regente, paró la sucesión de validos egoístas en la gobernación, representantes de las facciones enfrentadas de la aristocracia a las que debían obediencia; cuando por lealtad a la sangre y amor a la patria, su hermanastro Juan José de Austria —hijo de la actriz *La Calderona*

y el único reconocido entre los veinticuatro bastardos de Felipe IV— emprendió el arriesgado y fallido intento de traer dirección y orden al gobierno y decencia a la corrupta corte.

Señalado por una tara genética —causante de deformidades físicas, debilidad muscular y dificultad motora, infertilidad e incluso impotencia, que sólo se manifiesta en los varones— los madrileños atribuyeron el lamentable aspecto del nuevo rey a la brujería y la sombra de una intervención diabólica acompañó para siempre al último titular de la Casa de Habsburgo.

Dos siglos largos después, en 1942, el norteamericano Harry Klinefelter describió la patología tras el estudio de nueve varones con síntomas como los del monarca (ginecomastia, azoospermia y alta concentración de gonadotropinas) y todos con un cromosoma X de más. Desde entonces la consanguinidad de la familia real ganó terreno como motivo de su desgracia pero, la gente sencilla mantuvo la extendida hipótesis del maleficio y lo proyectó en el futuro incierto.

El maguado y honesto Carlos comprendió la urgencia de las reformas pero no encontró hombres ni momentos idóneos para desarrollarlas plenamente. Pese a todo, expandió la industria textil y protegió y multiplicó el comercio indiano y, contra la relevancia e influencia del soberbio Luis XIV, mantuvo la integridad del imperio, recuperó las arcas públicas, aumentó el poder adquisitivo de los súbditos y permitió el neoforalismo, la audiencia directa de los reinos y oligarquías locales ante la corona, contra el modelo centralista de la pujante Francia.

La historiografía contemporánea valoró su buena voluntad, su talante conciliador y la inquietud cultural que le deparó las contadas alegrías de su vida; y citó entre los graves reparos su cercanía con la rama más montaraz del credo, por convicción o temor o, tal vez, por ambas circunstancias.

Con moderado interés amplió las colecciones reales con obras nórdicas e italianas, animó a los seguidores de los maestros renacentistas y del primer barroco, y nombró pintor de cámara al velazqueño Juan Carreño de Miranda, por la inclinación común del patrón y del patrocinado a la realidad cruda y a los solicitados monstruos, como la oronda enana Eugenia Martínez, cortesana servidora a la que retrató desnuda y vestida. En su reinado se contaron más de un millar de artistas activos y las letras mantuvieron los rumbos del Siglo de Oro bajo el influjo del prolífico Pedro Calderón de la Barca (1614-1685) que, con dramas, comedias y autos sacramentales, pulió las claves teatrales fijadas por Lope de Vega, el *Fénix de los Ingenios*. En esa posición, redujo los elencos, concretó los protagonismos exclusivos, atendió con celo las es-

cenografías y los complementos musicales para desarrollar, como ejes argumentales, los conceptos del honor y el dogma tridentino y, como baza ineludible de sus tesis, el supremo arbitrio del rey.

Pervivieron las ínfulas italianizantes de Garcilaso y Boscán, la mística de fray Luis de León y san Juan de la Cruz, el conceptismo de Francisco de Quevedo y la imaginería culterana de Luis Góngora; y, en la cúspide, las genialidades de Miguel de Cervantes que, con su *Quijote* menguado de fuerzas y coloso de ánimo, abrió los frentes de la novela y preconizó también las argucias y denuncias de la españolísima picaresca. Con su *Marcos de Obregón* brilló el cura Vicente Espinel, que creó la décima que lleva su apellido y enriqueció la popular guitarra con la quinta cuerda. La música del periodo incluyó polifonías, piezas para órgano y vihuela; obras vocales religiosas y profanas, villancicos y tonadas a una y varias voces, escritas por maestros de capilla y laicos de celebrado talento; aparecieron las primeras óperas y zarzuelas y se editaron cancioneros y métodos para instrumentos y canto coral.

Pese a los continuados esfuerzos de los retratistas reales, la figura contrahecha y la fealdad de su rostro, su ánimo menguado, su orgullo regio y su pudor humilde, abonaron el pesimismo de sus súbditos; y, para colmo, alimentaron los rumores maliciosos y las opiniones ácidas de los europeos que asociaron su gestualidad triste y tediosa con el irreversible final de una dinastía, antaño poderosa y envidiada y ahora en caída libre en el deseado ocaso del mayor imperio conocido; su talante sombrío y su debilidad física opacó su voluntad sincera de justicia y progreso, los logros anotados en la economía y la ciencia y su apoyo incondicional a las artes y las letras.

El término menos vejatorio para su persona fue el adjetivo de *Hechizado* que, desde su desgraciada niñez, le espetaron todos sus contemporáneos con la mayor crueldad y la permanente sorna. Y la imagen más gallarda, solemne y determinante de su reinado y, además, la más ajustada a sus deseos —fue la presidencia del auto de fe, pregonado por el Santo Oficio de la Inquisición en todas las ciudades y pueblos y celebrado en la plaza Mayor de la villa el domingo, 30 de junio de 1680, día de san Pablo, apóstol de los gentiles. Contó el terrible hecho José del Olmo, furriel real; lo dibujó y grabó Gregorio Fosman y lo pintó Francisco Rizzi, en gran formato para adorno del testero central del salón del trono del Alcázar de Madrid.

Fue su regalo nupcial a María Luisa de Orleans, sobrina del gran Luis y acostumbrada a los lujos y diversiones del *reino de los sentidos*; a su manera, y desde el fervor agónico y el pavor a la eternidad en pecado, contó a la reciente esposa su ideal de la fiesta: con graves desfiles sacros y castrenses; clarines, tambores y carracas para ganar la atención; pases de cruces verdes

y blancas, banderas y pendones, nobles armados y plebeyos obedientes, ubicados unos y otros en los sitios asignados; y un centenar de penados de todas las causas y regiones que pagaban con la vida o castigos menores, con destierros y afrentas eternas, a sus delitos y herejías, y no menos de veinte culpables inconfesos destinados a consumirse vivos en el quemadero de Fuenarral ante la enfebrecida multitud.

5. LA FIESTA BARROCA

Las sombras del reino no tocaron a una región de siete islas y cien mil habitantes, con cuatro entidades con rango de ciudad y la más occidental, Santa Cruz de La Palma, con palacios, templos, y conventos que en nada envidiaban a los europeos y con la vida fácil que proporciona la sana hacienda, el sol amigo y el clima suave.

Tras los nobles y terratenientes, en la escala social mandó el clero secular y el regular, con cenobios franciscanos y dominicos y casas de clausura de claras y catalinas; luego y en escalera, la burguesía mercantil, la mayoría campesina, los artesanos y, al fin, los marginales —carniceros, parteras, verdugos, vagabundos y mendigos— y los esclavos africanos, cuyo número se redujo con la ruina del sector azucarero por la competencia indiana.

La viticultura superó las rentas de la caña dulce con las exportaciones de malvasías y vidueños al Reino Unido y al norte de Europa donde coparon dos tercios del mercado. Para el consumo interno, las familias humildes cultivaron trigo, cebada y centeno, hortalizas y frutales de temporada y criaron ganadería y animales de corral.

Gobernada por un cabildo de doce regidores y conforme a un centenar de normas dictadas y ajustadas durante un siglo, las prolijas *Ordenanzas de La Palma*, compiladas el 11 de febrero de 1611 por el justicia mayor Alonso Fernández de Saavedra, no dejaban ninguna labor ni descanso, oficio o maestría al albur; regulaban la convivencia y los abastos; verificaban los pesos y medidas, marcaban los precios, mediante exhaustivos aranceles, vigilaban la limpieza de ventas, tahonas y tabernas y la seguridad de los talleres y astilleros, del comercio local y ultramarino; velaban por la salud pública, la pureza de las aguas y el estado de las calzadas; cuidaban del estado de la ciudad y los vecinos y del modo de disfrutar los ocios y santificar las fiestas.

En el invierno de 1675 y durante su segunda visita pastoral, D. Bartolomé García Jiménez y Rabadán aprobó el traslado de la Señora de las Nieves desde su ermita, en el monte del mismo nombre, hasta la parroquia matriz de

El Salvador; y en rogativa de lluvias ante la más larga sequía que recordaban los feligreses. La iniciativa fue apoyada por el cabildo y el clero y le dieron forma y contenido dos alumnos que el prelado conoció, y apreció, en la Universidad de Salamanca y que representaban los poderes civil y religioso: el licenciado Juan Bautista Poggio Monteverde (1632-1707), abogado de la Real Audiencia y teniente de gobernador y, encima, reputado como el mejor autor teatral de las islas; y el presbítero Juan Pinto de Guisla (1631-1695), titulado en los dos derechos, notario y consultor del Santo Oficio, visitador por reciente nombramiento y también poeta.

Hasta entonces los traslados de la imagen, la más antigua representación de la madre de Dios que se venera en Canarias, tuvieron signo penitencial y de acción de gracias por su protección en calamidades diversas: las faltas de lluvias de 1631, 1632, 1633 y 1676, las plagas de langosta que arruinaron los pastos y, como la de 1659, «mataron mucho ganado mayor y menor», las erupciones volcánicas del siglo XVII y las epidemias periódicas desatadas por su condición de puerto franco.

Mientras Madrid castigaba conductas y ejemplarizaba penas y arrepentimientos con efectista tramoya, en clave similar, pero con distintos y altos propósitos, se homenajeaba a santa María la Mayor, la primera advocación mariana que, según la tradición, recibía culto en La Palma antes de la dominación castellana.

En la proximidad y confianza del prelado, los patriotas Pinto y Poggio fueron más allá de la promesa ritual y, apoyados en la devoción de la burguesía y el vecindario, idearon actos y juegos con voluntad de permanencia en los que los paisanos probaron sus habilidades. En la primera edición recurrieron a los números que adornaron la fecha mayor de los católicos: el lujoso Corpus Christi, con las ceremonias y procesiones de la sagrada forma; el teatro de estructura y mensaje alegóricos; los divertimentos simples y didácticos, los gigantes y cabezudos —que aquí siempre se llamaron *mascarones*— y representaron la voluntaria sumisión de los elementos profanos, de las caricaturas y excesos sociales al supremo misterio de la transubstanciación.

Acaso como el pobre soberano disfrutó por una vez de una gala cara y tenebrosa, el clérigo y el gobernador, con la bendición del mitrado, idearon una celebración atractiva y con voluntad de futuro; con autoría indiscutible y apoyo de los regidores que atendían el gobierno y del clero que cuidaba la ortodoxia; masiva, porque se dirigió a una comunidad heterogénea para complacerla y moderarla en los límites; conservadora porque, aún con libertad formal, glosó y consolidó la monarquía y avaló y reforzó los dogmas combativos del Concilio de Trento.

En ambos casos, el proceso inquisitorial y el joven regocijo buscaron conmover afectivamente y, para ello, movilizaron todos los recursos, con la ayuda de los artistas que fijaron los espacios y atuendos, decorados y sorpresas, palabras y músicas. Con todos los medios y, sobre todo, con la eficacia de la imagen, expresaron ideas abstractas, cargas de miedo en un caso y de gracia en el otro, sin acudir a la escritura ni abusar de la moraleja, porque el objetivo común era que las reacciones y sentimientos confluyeran en una adhesión colectiva; en el auto del Santo Oficio para asegurar, con la contrición, la vuelta al recto camino y a la vida eterna; en la solemnidad para cargar con la fe como mochila y estimarla como patrimonio, para alcanzar con la alegría, el reino de gracia; para seguir, con los deberes, los dulces preceptos del riguroso Concilio de Trento, que se refieren a la maternidad redentora de María, a su virginidad perpetua y a su papel de abogada e intercesora de todos nosotros ante el padre eterno; tal como la saludó Poggio Monteverde en su primera loa:

María, nuestra fortuna
nos da con vuestra venida
mil vidas en una vida
y mil edades en una.

6. LA FIDELIDAD AL ORIGEN

Para lograr el objetivo de una festividad fundamentada y lucida, los Juanes —Poggio y Pinto, o al revés que tanto monta— contaron con una minoría unida y en la que confluían todos los poderes: los regidores Diego de Guisla y Castilla; Miguel Abreu Rege, gobernador de las armas; Nicolás Massieu Vandale, alguacil mayor; Juan Fierro Monteverde, Antonio Pinto de Guisla, Pedro de Guisla Corona, consultor del Santo Oficio, y Melchor Brier y Monteverde, vicario. Entonces y después, la Bajada de la Virgen conservó la vigorosa fidelidad a sus raíces que la caracteriza y que no alteran sino, por el contrario, refuerzan las acciones añadidas, expresivas de las sensibilidades y modas de las épocas sucesivas.

En un periodo de bancarrota y debilidad de la monarquía y corrupción de la administración, de pobreza y pesimismo del país y los paisanos, el barroco fue un estilo próximo y cálido, implicado en las pasiones y que, en contraposición a la frialdad del clasicismo, apostó por las formas dinámicas y las sorpresas; dirigido a la sensación antes que a la razón, en búsqueda tenaz de la originalidad, la emoción y el placer estético y en el libre uso de la metáfora y la alegoría, la ornamentación y el juego semántico.

Con temprano arraigo en toda Europa y las tres Américas y tantas variantes como credos y alientos regionales, en España se bifurcó en dos corrientes, alentada la primera por el caballero castellano Francisco de Quevedo, paladín junto a Baltasar Gracián del conceptismo, fundado en la asociación ingeniosa y rebuscada entre palabras e ideas para cuajar evidencias incontestables, definiciones rotundas y sentencias lapidarias. Y, en la otra banda, el culteranismo, derroche de formas poéticas, metáforas de difícil comprensión y oscuros cultismos para intensificar la expresión más allá del equilibrio.

Conocido por sus coetáneos como el *Calderón canario*, el licenciado Poggio Monteverde fue el más prolífico de los poetas insulares y, además, el dramaturgo que abrió con sus loas —cinco entre 1685 y 1705, dos años antes de su muerte— un género de literatura mariana, único en España y un auténtico lujo para una isla pequeña, enclavada en el Atlántico occidental, cerca de África pero libre de sus rigores e influida y beneficiada por las relaciones con el Viejo y Nuevo Mundo¹.

En sus autos sacramentales, casi siempre proemios a piezas mayores representadas en el Corpus Christi, observó radicalmente la consigna de Gracián —*Bonus si brevis bis bonum*— y apenas si superó los seiscientos versos y el rígido patrón del género que subordinaba la palabra a la escena. Sus críticos contemporáneos subrayan, además la ausencia del maniqueísmo calderoniano en la contraposición de las alegorías que rivalizan en la defensa del dogma; y observan también una elegante objetividad, nada prosaica, que anticipó levemente el futuro orden neoclásico.

Confiado en la comprensión de los espectadores, Poggio optó por la sugerencia sin imposiciones para comunicar los mensajes de las sagradas escrituras, la vigencia de la tradición y la autoridad y la veneración al santoral romano y a la Virgen María que, en la advocación de la Señora de las Nieves, fue tratada con arrebatado lirismo. También por patriotismo cumplió el mandato militante de la Contrarreforma ante las tesis y disidencia luterana; y mostró su lealtad a la Casa de Austria que defendió con las armas de la superioridad moral de la Iglesia de Roma. Ajena a los vaivenes históricos, Es-

¹ FERNÁNDEZ HERNÁNDEZ, Rafael. *Juan Bautista Poggio Monteverde (1632-1707): estudio y obra completa*. Santa Cruz de Tenerife: Aula de Cultura de Tenerife, 1992; IDEM. *El grupo de La Palma: tres poetas del siglo XVII*. Santa Cruz de La Palma: Caja General de Ahorros de Canarias, 1993. Sobre el Carro Alegórico y Triunfal, véase: BRITO DÍAZ, Carlos. «“Escriba en campos azules / el metal sonoras letras”: pervivencia y anacronía del auto sacramental mariano». En: Manuel Poggio Capote y Victor J. Hernández Correa (eds.). *I Congreso Internacional de la Bajada de la Virgen (Santa Cruz de La Palma, 27-30 de julio de 2017): libro de actas*. [Breña Alta]: Cartas Diferentes, 2017, pp. 235-264.

paña miraba entonces a Trento y sentía como presente la santificación de su grandeza en el siglo pasado. Nadie como el titular del Sacro Imperio Romano Germánico —el César Carlos— apostó por la convención reunida en el profundo valle del Adigio de 1545 a 1563, abierto por Paulo III y cerrado por Pío IV; con esa autoridad moral impuso el protagonismo hispano en la idea y el espíritu, con los sacerdotes Alfonso Salmerón, Francisco Torres y Diego Láinez, miembros de la Compañía de Jesús; y, para asegurar los preceptos, colocó como responsable de las sanciones de ideas y conductas, a monseñor Pedro Guerrero, arzobispo de Granada, postulado para ambos cargos por «su católica majestad».

Loa inicial —y luego Carro Alegórico y Triunfal por pomposo bautizo romántico— el pulso que fija la ética y estética de la solemnidad lustral es definitiva y triunfalmente barroco; como lo son sus autores centrales, el pionero Juan Bautista Poggio y, con el mismo acento y personalísimo lenguaje, su brillante seguidor Luis Cobiella. Con tres siglos de diferencia uno y otro encarnaron a dos cristianos honestos, sinceros y fieles con los principios de los últimos concilios: el combativo Trento, que buscó la ejemplaridad de conductas contra la laxitud protestante; y el Vaticano II firmemente ligado con las realidades contemporáneas y el diálogo interconfesional.

Químico, literato y músico Luis Cobiella Cuevas (1925-2013) dirigió medios de comunicación —*Diario de avisos* y emisora La Voz de La Palma, absorbida luego por Radio Nacional de España— y ejerció la docencia en el Instituto Alonso Pérez Díaz de su isla natal. Fue también, por elección unánime, el primer diputado del común de la Comunidad Autónoma de Canarias. Conferenciante, articulista y musicólogo dejó estudios sobre La comunicación en Wagner, el folclore en La Palma y las antiguas chirimías de la semana santa y en su bibliografía figuran cuatro poemarios y otros ensayos de carácter religioso y social².

Su producción sonora abarca más de doscientos títulos entre los que destacan *San Borondón, poema sinfónico desde una isa*, sobre versos de Ortega Abraham, escrito en el vigésimo quinto aniversario de la constitución del Parlamento de Canarias y estrenado también en la reapertura del Circo de Marte; tres misas para orquesta sinfónica y coro, entre ellas la pontifical que ya es tradición en el *domingo grande* de las Fiestas Lustrales, en cuya historia figura como el autor más ambicioso y prolífico. Compuso abundantes obras instrumentales, para piano especialmente porque fue un precoz intérprete, y para cuartetos, sextetos y gran orquesta, graves y sugestivas evocaciones de

² SANZ DELGADO, David, POGGIO CAPOTE, Manuel. *Notas de una vida: estampas y recuerdos de Luis Cobiella*. [Breña Alta]: Cartas Diferentes, 2014.

efemérides y lugares emblemáticos —desde la inauguración de la luz eléctrica el fin de año de 1893, a la celeberrima Caldera de Taburiente, parque nacional desde 1954— además de elegías anónimas y dedicadas, composiciones cultas y populares, plegarias y ofrendas, villancicos de amplia popularidad y bandas sonoras de espectáculos y documentales, caprichos y divertimentos.

7. FONDO Y FORMAS

Manuel Henríquez Pérez (1923-1993), Elías Santos Pinto (1927-1984) y Cobiella, entre otros, fueron los delfines de una minoría acomodada y cercana a los poderes locales que, en la gris posguerra, asumió el reto de mantener la cultura y la imagen de la ciudad que inauguró el siglo XX con logros materiales y avances técnicos que la pusieron a la cabeza de la región. Bajo la docta tutela de Elías Santos Rodríguez (1888-1966), miembro de una familia relevante en la música, los tres fueron «coristas y toderos de Bajada», en el decir de uno de ellos, y mucho más, «el puente generacional y los garantes de su continuidad y pureza».

Santos Pinto sucedió a su padre en la dirección de la Masa Coral de La Palma, fundada en 1917, y de los actos centrales; Manuel Henríquez hizo las letras de la Danza de Enanos desde 1960 hasta 1995³; y Cobiella Cuevas ascendió en el escalafón festero cuando recibió, en su residencia de Madrid y en 1945, su primer encargo como autor.

Desde el siglo XVI, los viajeros describieron una urbe rica y dada al boato, y glosaron los cantos y bailes que amenizaron los fastos sacros y civiles, especialmente el Corpus, que registró el mayor lustre hasta el establecimiento del voto mariano. Las danzas infantiles, más alegres que pías; con cantábiles, recitados y sencillas coreografías se erigieron en una atracción indispensable, reclamada y aplaudida. Así que, subiendo la edad de los actores y la ilusión de Versalles, nació el Minué que, más allá del título, es un espectáculo a la palmera, de pompa y potencia visual, con bases melódicas que, por su raíz típica y emoción, atrapan al paisano y sorprenden al forastero, escrito para orquesta sinfónica, solistas y coro mixto, para amplificar los sentimientos y con danzantes que marcan el ritual cortesano. Es la sublimación del imaginario colectivo, «la música de todos nosotros», en feliz expresión de Inma Velasco.

Esperadas y puntuales, en la tibia latitud se dibujan las estampas sin tiempo de damas de altos peinados, obligado corsé y robes *a la française*: faldas,

³ HENRÍQUEZ PÉREZ, Manuel. *La Bajada de la Virgen, la música y La Palma*. Edición de Manuel Poggio Capote, Carmen L. Ferris Ochoa, Víctor J. Hernández Correa y Luis Regueira Benítez. [Breña Alta]: Cartas Diferentes, 2017.

sobrefaldas, triangulares petos que cubren pecho y vientre, guantes, lazos y joyas, aderezos de brillo y sombreros de plumas; y rivalizando en colorido y lujo galanes con chupas sin mangas, casacas de faldones, corbatas de seda y encajes, calzones al talle, sin cintos ni tirantes, medias de raso, zapatos de tacón mediano y dorada hebilla. En la fusión de lo propio y lo foráneo «nacen los famosos y muy populares minués y marcan su vida profunda e intensamente ligada a la isla de La Palma, a modo de motivo conductor hacia la genialidad al servicio de la música popular», escribió Víctor Pablo Pérez, director que fue de la Orquesta Sinfónica de Tenerife.

Con un texto premiado y censurada y una noche propia en el repertorio —el *Minué del Miércoles*— Cobiella y su inseparable Santos Pinto asumieron las músicas del Carro de 1970, el último que recorrió la calle Real. Gabriel Duque Acosta (1930-1987), alcalde de Santa Cruz de La Palma, intelectual y filántropo, y Luis Ortega recrearon las coordenadas y protagonistas históricos en un retablo realista y, en la segunda parte, un auto mariano con los cánones barrocos, tanto en la morfología como en los contenidos, representada por una troupe de cómicos de la legua, con la misión de «evitar que las modas y alegorías prosaicas desfiguraran los propósitos»⁴. Según confesión de Cobiella marcó un punto «donde no era posible ni lícito seguir el dictado de las modas sino que, por el contrario, había que expresar convicciones autorales y posiciones éticas útiles para el presente».

En la siguiente edición hizo carne sus palabras, reafirmó la vuelta a las raíces —«el universo de los símbolos y los símbolos universales», el estilo de Poggio, y las reflexiones cristianas en la hora estricta, porque el Carro es eso o no es nada— y alumbró el porvenir de un género concreto, único, dedicado a una devoción protectora y tierna, y/o también a un emblema integrador por encima de credos e ideologías y de unánime respeto. *María en las orillas* (1975) dirigida por Ángel Fernández Montesinos, abrió una trilogía memorable continuada con *La otra virgen* (1990) y *Cubierta con su sombra* (1995)⁵.

Como el poeta precoz y clérigo final que fue Poggio, el otro humanista dirigió su pasión a la fe sin tilde y su afán al mayor aldabonazo de la crónica católica; al Concilio Vaticano II (11 de octubre de 1962-8 de diciembre de 1965) y a «la Madre de Jesús, mediadora desde el anuncio angélico, la maternidad, el Calvario y la obra redentora». Respondió con altura intelectual y

⁴ ORTEGA ABRAHAM, Luis. «La tradición en hora: “Retablo histórico de la Bajada”». *Lustrum: gaceta de la Bajada de la Virgen*, n. 3 (2020), pp. 40-46.

⁵ COBIELLA CUEVAS, Luis. *Las orillas de Dios: tres autos marianos en forma de carro alegórico*. Prólogo, Maximiano Trapero. [Santa Cruz de Tenerife; Las Palmas de Gran Canaria]: Viceconsejería de Cultura y Deportes, 1992.

honestidad al deseo expreso de Juan XXIII, por fin en los altares, de hacerla auxilio, consuelo y aliento de necesitados, modelo de perfección y espejo de la vida renovada. Desde el arte libre, que siempre sugiere y nunca impone, predicó la nueva oportunidad de una confesión inteligente y necesaria con los retos actuales y futuros, con la participación plena de los laicos en las acciones de la iglesia y, desde la apertura y la generosidad, el ecumenismo, la relación con las demás religiones basada en la buena voluntad y la paz. Trabajó en un cristianismo anunciador del Dios humanísimo, ocupado en el bien de la humanidad y en dar luz a los tiempos oscuros; en liberarse, y liberarnos, de la prisión y los adjetivos de la historia y volver fiel y gozosamente a la gracia original.

Con intereses comunes y visiones coincidentes, aventuro que mi maestro y tocayo se libra de las metáforas tentadoras, que atrapan a los orfebres, con la transparencia de la escritura; o sea, en el uso de los términos adecuados en el mejor orden. Ese es el misterio revelado, su compromiso poético. En su funeral, una triste mañanita de san Juan de 2013, dije «la poesía no es de quien la escribe sino del que la necesita» (Massimo Troisi); diez años después me reafirmo con serena confianza porque quien lee los versos de Cobiella Cuevas los rescata, los trae al presente y, una vez disfrutados, los devuelve a la eternidad donde tienen espléndido acomodo. Ese es el valor cardinal de su mensaje:

Y cuando amor y verdad
le muestran sueños despiertos
sabe que el cielo se alcanza
bajando, más no subiendo
porque no arriba y si abajo,
y no fuera sino dentro,
y no en poder sino en gracia,
y no en trono sino en pecho
está María y, con ella,
junto al corazón el cielo.

8. RECUERDOS E INGENIOS

Según se mire, toda isla es —puede o debe ser— un mero error o una gloriosa excepción de la geografía. Y La Palma, sin duda ni debate, es una suma de hechos diferenciales que definen al paisaje y al paisano, que dibujan su pasado y que, tal vez, avancen su futuro. Sin narcisismos ni excesos patriotericos, la cultura es la forma extrema de la singularidad de cualquier comunidad que se precie, y la sociedad palmera se precia en grado sumo. La identidad reductora es una manía egoísta y patética; la individualidad civil, una afirmación de la peculiaridad que no olvida su subordinación con el mundo.

Esta declaración previa ampara las líneas que la preceden y las que las suceden. La fiesta nació, y pervive, en su marco barroco, que alertó la psicología de masas porque todas sus manifestaciones unían lo sensible y lo intelectual, transformaban las ideas en símbolos, provocaban reacciones de admiración, sorpresa, temor y alegría. Su tránsito secular no alteró ni su inspiración ni su latido; en el neoclásico atendió el equilibrio, la proporción y la simetría, la universalidad y el culto a la razón de la antigüedad grecolatina. Y, hasta nuestros días, agregó elementos distintivos sin renunciar a la imagen y la vocación primera.

Mientras la ciudad remozaba su aspecto, la severa elegancia entraba en los abigarrados templos; al amparo de las reformas de Carlos III, la inquieta burguesía ganaba el protagonismo político en un rudo pleito contra los regidores perpetuos, resuelto por la corte suprema de Castilla en 1773 con la elección del primer ayuntamiento electo de España. Vivió y sufrió el patriotismo burlesco por el venal Fernando VII y profesó en el viejo liberalismo que defendió con igual ardor la expansión económica y los derechos civiles.

Un grupo de inquietos paisanos, nucleados por el *Señor Díaz* —Manuel Díaz (1774-1863), beneficiado de El Salvador— devolvió a la capital y la isla el esplendor pretérito en un ciclo que el profesor Juan Régulo Pérez tituló como el *Siglo de Oro*; a cuyo final llegó la pasión romántica, el fervor rousseauniano del buen salvaje, asociado a la raza benahorita y al caudillo Tanausú, icono de amor a la libertad y la patria perdidas y, entonces, los símbolos espirituales entraron en campos geográficos, históricos, teológicos y cívicos; mudaron las rutas, subieron y bajaron las temperaturas, según la tensa y triste historia contemporánea pero, y esa es la prueba de su grandeza, no fallaron las bajadas, ni se contagiaron con los vicios y excesos políticos, ni faltaron en todos los lustros los elogios artísticos a la Virgen inspiradora.

La función dramática y musical —el Carro Alegórico y Triunfal— y las distintas y solemnes fases de la liturgia —procesiones de bajada y general, Loa de Recibimiento, pontifical y novenas que exceden en cantidad su propio enunciado— son las bazas espirituales y morfológicas sobre las que pivota la fiesta; los cauces piadosos y culturales por donde discurren y que la definen como una celebración única y de acreditada fama internacional. Los eventos previos y posteriores al núcleo central sirven para entretener y divertir a los públicos de todas las edades y, lejos de ser complementos para engordar un calendario, están avalados por viejas tradiciones, y entusiastas participaciones; por atractivos visuales, musicales, solemnes y humorísticos, desconocidos en otros lugares y que justifican en su rareza y/o chispa la larga espera de cinco años⁶.

⁶ Sobre aproximaciones generales a la Bajada de la Virgen, véanse: CAMPOS Y FERNÁNDEZ DE SEVILLA, F. Javier. «Santa Cruz de La Palma y su fiesta barroca de la Bajada de la

Cada periodo dejó sus propias señales y el apasionante siglo XIX instauró un protocolo propio de los albores constitucionales y de absoluta aceptación popular. El último domingo de junio, y durante una solemne misa en la parroquia matriz, se bendice la *Bandera de María*, blanca y con el anagrama en su centro. Terminada la eucaristía y desde las casas consistoriales se organiza el cortejo y el pueblo y las autoridades trasladan la enseña hasta el castillo de la Virgen, en la cuesta de La Encarnación donde ondeará durante todo el periodo festivo.

Ese es el arranque de una apretada quincena donde el pueblo se vuelca en divertidas y renovadas costumbres, como el Traslado de Bajada del Trono que, en sus inicios, fue tarea de los lugareños y hoy es la única «romería» sin santo del almanaque nacional; magos y parrandas de todo el archipiélago transportan las más de setenta piezas del altar de plata, en una jornada de exaltación regional; los Mascarones, que así se llaman los gigantes y cabezudos en estos lares; los Acróbatas que, con sus ejercicios y cabriolas, realizados por voluntarios locales, curaron las nostalgias circenses; la tricentenario Pandorga, que remeda los desfiles de figuras de papel de seda e iluminadas en su interior, importadas del Oriente por los misioneros jesuitas; las carrozas y

Virgen». En: Manuel Poggio Capote y Víctor J. Hernández Correa (eds.). *I Congreso Internacional de la Bajada de la Virgen (Santa Cruz de La Palma, 27-30 de julio de 2017): libro de actas*. [Breña Alta]: Cartas Diferentes, 2017, pp. 73-115; FERNÁNDEZ, Loló. *Baja la Virgen: La Palma en fiesta*. Santa Cruz de Tenerife: Idea, 1995; FRANCISCO DE LAS CASAS, Pedro M., CRUZ ARVELO, Javier. «Nuestra Señora de las Nieves, patrona de la isla de La Palma: apuntes sobre la imagen, su santuario y su bajada». En: *Bajada de la Virgen, Santa Cruz de La Palma: LXVII edición de las Fiestas Lustrales, julio-agosto de 2010* [Programa oficial]. [Santa Cruz de La Palma: Patronato Municipal de la Bajada de la Virgen], 2010, pp. 23-43; HERNÁNDEZ BRAVO DE LAGUNA, Juan. «Las fiestas canarias y la Bajada de la Virgen». En: Manuel Poggio Capote y Víctor J. Hernández Correa (eds.). *I Congreso Internacional de la Bajada de la Virgen (Santa Cruz de La Palma, 27-30 de julio de 2017): libro de actas*. [Breña Alta]: Cartas Diferentes, 2017, pp. 461-476; HERNÁNDEZ CORREA, Víctor J. «“De júbilos y festejos al servicio de María”: visiones de la Bajada de la Virgen de las Nieves». En: *Bajada de la Virgen, Santa Cruz de La Palma: LXVI edición, junio-agosto de 2005* [Programa oficial]. [Santa Cruz de La Palma: Patronato Municipal de la Bajada de la Virgen], 2005, pp. 15-52; HERNÁNDEZ CORREA, Víctor J., POGGIO CAPOTE, Manuel. «La Bajada de la Virgen de las Nieves (La Palma): ritualidad y carácter». En: *XVI Simposio sobre Centros Históricos y Patrimonio Cultural de Canarias*. San Juan de la Rambla: [CICOP], 2013, pp. 196-208; MARTINO ALBA, Pilar. «La Bajada de la Virgen: valor universal de una fiesta ritual». En: F. Javier Campos y Fernández de Sevilla (coord.). *El patrimonio inmaterial de la cultura cristiana*. San Lorenzo de El Escorial: Ediciones Escorialenses, 2013, pp. 325-340; ORTEGA ABRAHAM, Luis. *Cita lustral con La Palma*. [S. l.: s. n.], 1982; POGGIO CAPOTE, Manuel, LORENZO TENA, Antonio. «Rito y ceremonia en la Bajada de la Virgen». En: Manuel Poggio Capote y Víctor J. Hernández Correa (eds.). *II Congreso Internacional de la Bajada de la Virgen (Santa Cruz de La Palma, 16-18 de julio de 2020): libro de actas*. [Santa Cruz de La Palma]: Cabildo Insular de La Palma, 2020, pp. 691-745.

batallas de flores y, grandiosa excepción entre particularidades y excelencias, una gloriosa coreografía, con lírico desarrollo y asombroso final que movilizaba todos los sentidos del público conmovido.

Entre las originales, brillantes y modestas expresiones que el pueblo brinda a su dulce patrona y alcaldesa existe una de intensa vinculación en el sentimiento y el recuerdo a la Bajada de la Virgen: la gloriosa Danza de Enanos que, según su mejor letrista —José Lozano Pérez— quien la vio no la pudo jamás olvidar. Precedentes de las solemnidades del Corpus se consagraron de modo exclusivo a Santa María de las Nieves y, en 1835, bailaron en parejas por la abarrotada calle Real. En 1905, e ideada por Miguel Salazar Pestana, el número se presentó en su actual forma, con una primera parte de danza coreada por veinticuatro danzantes y una vertiginosa transformación al compás de una polca memorable compuesta por Domingo Santos Rodríguez, mientras la emoción colectiva alcanza el arrebato porque el mensaje de los Enanos busca el afecto más que el intelecto, el corazón más que la razón para obrar el prodigio de devolvernos a todos a la infancia.

En circunstancias especiales por la primera interrupción de su decurso lustral, la Bajada de la Virgen convoca tres años después este foro de expertos para analizar su pasado y asegurar su futuro. A ese efecto, estos recuerdos y reflexiones pretenden poner en hora y valor la sintonía de un enclave ultramarino con un imperio en caída libre en un época áurea para la inteligencia y el arte, las coincidencias y disidencias en la vida y en el gozo y, en cuanto a la fiesta, la plena fidelidad al motivo inspirador y las evoluciones formales que, lejos de contradecirlo, lo vivifican y enriquecen, porque la tradición, en clave isleña, no es un acervo que se hereda sino un bien que se conquista, y se custodia, a diario.

